LA TRADICIÓN NACIONALISTA

El recorrido histórico de una ideología y el conflicto de legitimidades en la Argentina contemporánea

CARLOS A. FLORIA *

1. ADVERTENCIA

El autor no pertenece a la familia intelectual de los nacionalistas. Al menos en el sentido que se atribuye al nacionalismo antiliberal según se lo entiende en nuestros días. Es ésta una precisión tal vez útil para el lector e innecesaria para el nacionalista que se acepta como tal, quien no reconocería al autor como uno de los suyos.

Esto dispensa de otras explicaciones. Como en los *Proverbios y cantares* de Antonio Machado: "nunca traces tu frontera / ni cuides de tu perfil / todo eso es cosa de fuera".

Eso no impide reconocer al nacionalismo como una de las ideas-fuerza más vigorosas y polivalentes del siglo XX; en la Argentina y fuera de ella. Le fue dicho al autor por Bertrand de Jouvenel, palabras más o menos, cuando lo conoció en los comienzos de los años 70. Isaiah Berlin escribiría en los mismos años por qué se tuvo a esa ideología, distinta de la conciencia nacional, como una fase pasajera de la historia moderna y contemporánea, como una inflamación patológica de orgullos heridos.

Parece, sin embargo, imposible o poco realista explicar la historia política de la Argentina contemporánea y sus cri-

* Profesor titular de Teoría del Estado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Miembro de número de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

sis, sin el examen de la tradición nacionalista, como se la denomina francamente en este brevísimo ensayo; y del conflicto de legitimidades que introdujo. Por lo que no se trata aquí de exponer con detalle el pensamiento de autores, más propio de lo que se entiende por historia de las ideas. El intento es diferente: se trata de insinuar el recorrido histórico y social de una ideología, de los territorios mentales y políticos que atraviesa, y de algunas de sus consecuencias.

Se ha dicho con verdad que formamos nuestros juicios sobre las acciones de los otros en nombre de algo, por referencia a ciertos criterios, a ciertos valores. ¿Cuáles son ellos?

La cuestión no es nueva y los interrogantes tampoco, porque hacen a las justificaciones de los actos y aún de las omisiones humanas.

El nacionalismo recorrió una larga y accidentada ruta histórica para pasar de la palabra a la idea y de ésta a la ideología, para introducirse así en el vocabulario común y convertirse en un principio político de legitimidad con ánimo de combate. "El éxito del nacionalismo se explica en gran parte por el hecho de halagar al particularismo". El nacionalismo aparece en la fisura entre el universalismo y el sentimiento nacional. Y por esa fisura pasan comportamientos heroicos y excusas perversas. Potencia económica, orgullo militar, segregación o protección racial, florecimiento cultural, excusas para lo inexcusable visto desde lo universal, el nacionalismo emerge de la idea de Nación entre las solidaridades que suelen enfrentarse y se hace ideología que absolutiza una parte de la verdad, como si fuera la verdad toda y, una parte de la realidad, como si fuera toda la realidad.

La Nación absolutizada: ése es el nacionalismo como símbolo ambiguo. Entre los grupos humanos, la Nación ocupa un lugar privilegiado. ¿Quién no lo percibe así? Es una comprobación de hecho, no un juicio de valor. Se estima la Nación mientras se discute su definición. Se opone la definición clásica o francesa a la romántica o alemana. De un lado la voluntad de vivir juntos; del otro la pertenencia por nacimiento a un grupo étnico. Libre elección contra *Blut und Boden* (la sangre y el suelo), los valores que se han visto demasiado alejados de la tierra y de los muertos de Maurice Barrés, más próximo a Strauss que a Renan.

La conciencia de constituir una comunidad es reforzada por factores diferentes y a veces diversos: la agresión externa, el sentimiento de poseer un pasado común, la enseñanza de la historia, la ética de la solidaridad nacional que crea el sentimiento de diferencia, el tema de los estereotipos nacionales, el descubrimiento de un cierto "alma de los pueblos". Todo grupo se refuerza si sus miembros practican juntos los mismos ritos, adoptan los mismos símbolos, y a medio camino entre el símbolo y la realidad, si tienen la misma lengua, erigida a veces en poder cultural. La Nación emerge como factor de identidad. ¿Y si de pronto lo es también de antagonismo? De suelo de pertenencia. ¿Y si cultiva la sospecha o el menosprecio hacia los otros?

El tema de los estereotipos puede verse con la ironía de Pierre Daninos o a través de los dramas de la historia. En *Le Jacassin* (1962): "Los griegos serían tramposos, los ingleses hipócritas, los norteamericanos chicos grandes (salvo para la cocina, donde son salvajes), los alemanes pendencieros y obsequiosos, los polacos ebrios, los rusos insondables, los chinos indescifrables, los argentinos farristas, los españoles arrogantes, los árabes perezosos, los suizos lentos, los holandeses pesados, los italianos versátiles, los judíos judíos... En medio de ese mundo hostil y venenoso está la Francia, eterna, galante, hexagonal y caballeresca... tendiendo su corazón al mundo y el mundo presto a lacerarla... la Francia donde toda la infelicidad, en suma, vendría de que, explotada por el extranjero, es habitada por franceses".

Las respuestas de la historia no tienen, normalmente esa gracia, sino la incertidumbre de los contenidos ideológicos que varían de un país a otro, de una situación histórica a otra. El sentimiento nacional atraviesa la política interior, pero se exhibe en las constantes de las políticas exteriores. Se asocia a credos de libertad y de pluralismo democrático, pero también al culto de la potencia más que de la libertad. A veces hay asociaciones simultáneas aparentemente inextricables. Si se viva a la Nación y a la República, ¿se expresa lo mismo que cuando se viva a la República y a la Nación?...

Nación y nacionalismo son fenómenos sutiles. Pero son símbolos polivalentes que justifican los interrogantes de Alfred Grosser. ¿Dónde termina la glorificación de virtudes que se proyectan sobre la Nación en la esperanza de que los otros ciudadanos las reconozcan como propias, y dónde comienza el chauvinismo que exalta las cualidades nacionales en detrimento del juicio sobre los otros pueblos?

Que es como decir dónde termina la voluntad de compartir virtudes políticas y dónde comienza el mesianismo expansivo.

De la mano de una palabra y su biografía pasamos, pues, de un hecho a una idea, de ésta a una ideología y de una absolutización generalizadora a la necesidad de distinguir para unir. La conciencia nacional es un sentimiento; la situación nacional es una condición; el nacionalismo es una doctrina o una ideología, un fenómeno envolvente que se puede examinar a través del "mapa" de sus expresiones. El nacionalismo se manifiesta y se entiende, en rigor, por los nacionalismos y los nacionalistas.

2. Recorrido histórico y complementariedad

En la realidad hay más bien nacionalismos y nacionalistas. Porque son la expresión concreta y relativamente tangible del nacionalismo encarnado en versiones no siempre transparentes.

"Seiscientas páginas sobre el liberalismo doctrinario no son una definición de ese movimiento: son la explanación de la razón histórica aplicada a darnos a conocer ese objeto". La afirmación de Maravall a una obra erudita de Diez del Corral sobre el liberalismo doctrinario sirve al abordaje de nuestro tema. El nacionalismo es una cosa cuando atraviesa una sociedad restrictiva y aristocrática; otro cuando se encuentra con las transformaciones de una democracia ampliada. Diferente, en fin, cuando se asocia a la derecha o a la izquierda o mejor, al derechismo y al izquierdismo. Maravall adopta un principio enunciado inicialmente por Bohr que ha operado sobre la renovación de la lógica; el principio de complementariedad. "La realidad se nos muestra siempre en función de un sistema o conjunto: el electrón es partícula al atravesar el espacio y onda al atravesar la materia".

El feudalismo puede entenderse como un proceso de descomposición o como un medio de mantenimiento de la unidad. Rousseau puede interpretarse como uno de los orígenes intelectuales del totalitarismo, y sin embargo inspiró una revolución liberal. El inglés Burke interpretó la Revolución Francesa, entre otros aspectos, como un movimiento disgregador que amenazaba con la fragmentación del Estado francés. Empero, la democracia republicana

francesa dio nacimiento a la forma más cerrada y compacta de unidad política conocida hasta entonces: precisamente la Nación moderna. Los ejemplos de Maravall son expresivos. No son contradicciones históricas, son complementariedades que desconciertan porque se presentan a un tiempo. Los fenómenos históricos no siempre son ambiguos; a menudo son bifrontes. El nacionalismo no es una excepción.

El nacionalismo puede verse como un factor de integración (hacia adentro) y al mismo tiempo de desintegración (hacia afuera). Pretende ser ideología envolvente en la política interior, y a la vez afirmación agresiva de identidad y de autonomía en la política exterior.

3. El nacionalismo entre las ideologías

El nacionalismo evoca naturalmente al antiliberalismo, y se presenta como una ideología de combate al principio de legitimidad de la constitución republicana. En este sentido significa un elemento fundamental en la crisis de legitimidad de la Argentina contemporánea.

Pero el recorrido social de la ideología comenzó de otra manera y en otro punto en el siglo pasado. Entonces el nacionalismo no se asociaba con el antiliberalismo, sino con una de las ideologías que por su militancia tiñe la centuria entera: el liberalismo. En los tiempos de la formación de la Argentina moderna, y no sólo en ella, había un nacionalismo liberal, y liberales nacionalistas. Sobre las polémicas ardientes de los exiliados en torno del fenómeno político que constituían Rosas y el rosismo, Alberdi reclamaba la reivindicación de ser "argentino". El liberal confederado no estaba solo: el nacionalismo de Mitre es una constante de su política. El Sarmiento de *Argirópolis* no será el mismo de los tiempos del exilio así como en *Condición del extranjero en América* (1888) expresará los recelos de los liberales que verán "una Nación sin nacionales", anunciando uno de los temas claves del nacionalismo del siglo siguiente a propósito del fenómeno inmigratorio. El toque de xenofobia estalla en sentimiento en *La Bolsa* de Julián Martel (1891) y es el núcleo argumental en la obra *En la sangre* de Eugenio de Cambaceres. La xenofobia llegará de la literatura a la vida política, y habrá incluso un toque de antisemitismo.

Se iban dando, pues, señales que en una situación nacional profundamente cambiada alentarían consecuencias

diferentes entrado el siglo siguiente. Si marcamos algunas, es para hacer más natural el recorrido social de la ideología a través de la lectura de la historia, de la sociedad, de la cultura. "Los viejos liberales argentinos son como esos padres terribles y omnipotentes que cuestan a sus hijos décadas de diván psicoanalítico, con resultado incierto. El revisionismo histórico también lo inventaron ellos". La frase de Gustavo Ferrari tiene la oportunidad de lo necesario, porque uno de los bastiones del nacionalismo de derecha argentino del siglo xx –el revisionismo histórico– tendrá su representante típico, original y paradójico en ese porteño nato que describió Julio Irazusta, liberal y masón, formado en la tradición unitaria y, al cabo, calificado exponente de la tradición federal: Adolfo Saldías.

El nacionalismo atraviesa, pues, las ideologías vigentes de cada época. Ideología entre las ideologías, hay que descubrirlo en sus concurrencias y en sus divergencias, en su apareamiento o en sus aversiones. La aversión contra el marxismo y la obsesión anticomunista será una constante del nacionalismo contemporáneo, pero no de todos los nacionalistas ni de todos los marxistas respecto de aquél. Así como hubo nacionalismo liberal habrá marxismo nacional, socialismo nacional –vecino hasta la cohabitación con el nacionalsocialismo–, y nacionalismos antiliberales en sus versiones fascista, hispánica, maurrasiana, falangista. El nacionalismo se mueve entre las ideologías, y aun ideólogos de militancias con raíces universalistas no se resisten a la penetración recíproca.

Charles Maurras, cuya influencia en la Argentina fue tan importante para explicar el comportamiento y la naturaleza de fuerzas y mentalidades políticas activas –como que aun hoy hay maurrasianos que se ignoran–, no será precisamente irresoluto, cuando debe subrayar lo que considera inconciliable entre nacionalismo y democracia; y dirá sin retaceos: "Existe un solo medio para mejorar la democracia: destruirla... la democracia es el mal, la democracia es la muerte". Lo veremos reaparecer en la situación argentina a través de sus discípulos.

Y sin embargo el nacionalismo a través de los nacionalistas o de sus enemigos retóricos no se mostrará radicalmente incompatible con fórmulas mixtas. Enlace por la doctrina o por el método, explicará conversiones de otra manera sorprendentes. La Argentina contemporánea en más de medio siglo y en los tiempos atroces de la cultura de

la violencia, será un laboratorio expresivo de esas experiencias. Pero no será el único, salvo que por omisión deliberada o inocente se eluda la historia y la política comparadas. Casi no hay país ni región en el mundo donde tales experiencias estén del todo ausentes y es argumento central de la "Revuelta de las naciones en la URSS" en *L'Empire éclaté* de Hélène Carrère D'Encausse, o en *The third Rome* de Mikhail Agursky. Comparar es conocer, y controlar las experiencias cruzadas. Hay que ser cauto en el cotejo conceptual del nacionalismo con el irredentismo, el patriotismo, el chauvinismo, el imperialismo. El irredentismo es aspiración de una población dada de frontera, hacia la separación de un Estado nacional o plurinacional para unirse a aquel que se considera propio o afín. Puede ser una motivación para el nacionalismo, pero no es éste. El patriotismo es adhesión afectiva y acaso heroica a una comunidad. Pero no se es patriota porque se es nacionalista, y esto suele no estar claro para cierto tipo de nacionalistas, propietarios intelectuales y morales del patriotismo que viven como único y excluyente. En su nombre, la historia registra disparates nacionales. El chauvinismo es convicción irracional de la superioridad de la comunidad que se defiende. Fenómeno exterior y patológico conduce al nacionalista hacia un sentimiento trágico de inferioridad que lo distancia del imperialismo, expansivo y soberbio, sea material o moral, sujeto siempre a algún tipo de misión universal.

Los modelos políticos que evoca el nacionalismo han cubierto buena parte de la historia contemporánea. El proteccionismo y la autarquía son rasgos económicos de gestión incorporados a la mayoría de los modelos conocidos, experimentados o propuestos. La tendencia hacia las monocracias, la intolerancia, el sectarismo, han sido causa de totalitarismos, de autoritarismos o de proximidades sugestivas del nacionalismo con el fascismo y el populismo. No son la misma cosa, es cierto, pero de pronto las combinaciones son de tal manera inextricables que se hace difícil distinguir la dosis de los ingredientes. Como el nacionalismo es una ideología particularista y el fascismo una ideología universalista, le ocurre lo que al comunismo: no todos los fascismos son nacionalistas, para sorpresa del lector displicente de la historia. El fondo desesperado y romántico del fascismo, su pesimismo dinámico, la exaltación de un vitalismo irracionalista y heroico, puede transferir la lealtad a un Estado nacional, y de éste a otro que se imponga por fuerza o convicción, en portador de la ideología.

Con el populismo la línea se esfuma: la separación es menos nítida aun que la muy relativa que existe respecto del fascismo. En casi todo movimiento populista está presente el ingrediente nacionalista, como Hans Kohn subraya al estudiar la tradición norteamericana. La afirmación inversa sería inexacta. En el peronismo histórico se comprueba lo primero. En el nacionalismo argentino de los años 20 se encuentra lo segundo. Pero en todos hay una constante: la absolutización de un segmento histórico de la tradición selectivamente percibida.

4. El nacionalismo como "cuestión nacional"

La formación de la Argentina moderna fue fragua de la tradición republicana. Una república conservadora, aristocrática, restrictiva, propia de la Argentina de los notables, demasiado disciplinada y excluyente para la democracia de masas. La tradición republicana arraigó luego de la revolución por la independencia, a partir de una tríada emergente del liberalismo como ideología, y de la realidad: la Constitución nacional, la educación, la inmigración.

Marcelo Sánchez Sorondo acaba de explicar con vehemencia sugestiva su tesis de que lo que en estas reflexiones se explora como conflicto constante de legitimidades encontradas que se prolongan en la Argentina contemporánea, se insinúa en *La Argentina por dentro* desde los tiempos en que a su juicio la revolución, evoca el liberalismo avasallante y la independencia, la democracia huraña de los pueblos.

Tesis polémica pero interesante, no ignora que la Constitución era para los hombres de la "organización nacional" un catecismo laico, un programa de cambio cultural, político, económico y social. La Constitución no nace para reflejar como un espejo la Argentina real, sino para transformarla. Las interminables polémicas de Sarmiento y Alberdi dan testimonio de eso. El *Facundo* sugiere muchas cosas. Descripciones admirables adjuntas a desmesuras de combate, pero no desconocimiento de la realidad argentina. El autor conocía muy bien la realidad de su tiempo, no le gustaba cómo era, y quería cambiarla. El nacionalismo antiliberal, muchos años después, articulado como tal, no aceptará eso. Planteará la dialéctica entre el "país real" y el "país formal" como inconciliable, pondrá a los liberales del lado del país formal y no asumirá dos cosas: que la forma importa en política y que los liberales eran parte del país real.

La república de los notables era restrictiva: pocos gobernaban a muchos. La república de la democratización quiso ser abierta: muchos debían participar en el gobierno de todos. La travesía entre una y otra duró muchos años y fue realizada en parte por miembros del antiguo régimen junto con los que fundarían el nuevo. La travesía pasa por tantas generaciones como las que viven, por lo menos, los años que van desde 1852 hasta la reforma política de Roque Sáenz Peña y sus consecuencias.

La educación debía extenderse hacia la mayor parte de la sociedad. La inmigración debía transformar la sociedad toda. La educación debía "nacionalizar" una población que no tenía aristocracias de sangre sino que había sido formada –como se ha observado con realismo y dicho con ironía–, por inmigrantes viejos que recibieron inmigrantes nuevos. El extranjero debía contribuir al cambio paulatino pero no entero del plantel nacional, y argentinizarse. Ése era tema compartido por los Mitre, los Sarmiento, los Alberdi, los Estrada, que discutían sobre modos y consecuencias. Casi todos eran liberales en versiones y estilos diferentes aunque no diversos. De pronto advirtieron que cuando todos eran liberales, ¿qué era ser liberal?

Pero en clave comparada, la situación argentina sería parecida en algunos aspectos, diferente en otros, respecto de naciones jóvenes.

Los "espacios abiertos" de los Estados Unidos de Norteamérica de entonces no tienen el mismo significado que los de la Argentina de la pampa. Pero las reacciones del "nativismo" norteamericano hacia los inmigrantes, no serían sustancialmente diferentes de las reacciones del nacionalismo argentino en la percepción del riesgo inmigratorio. Las reyertas entre criollos y gringos, la acusada intervención de colonos extranjeros en conflictos políticos locales, la reacción creciente de los caudillos, jueces de paz y seguidores nativos contra extranjeros, cruzaban el escenario que pinta expresivamente Ezequiel Gallo en *La pampa gringa*.

La inquietud frente a la presencia de los extranjeros se transformaría en alarma progresiva y en crítica mordaz en los nacionalistas que emergían de las entrañas del antiguo régimen. Se estaba aún a décadas de una afirmación sarcástica con enorme agresividad histórica, como la de Ignacio B. Anzoátegui: (Sarmiento) introdujo tres plagas: el normalismo, los italianos y los gorriones...

El recorrido histórico y social del nacionalismo, en la dirección antiliberal, había comenzado.

En 1910, cuando los argentinos, devotos de sí mismos, festejaban el Centenario, Rodolfo Rivarola puso en marcha la notable "Revista Argentina de Ciencias Políticas". En los primeros números incluyó una suerte de encuesta política a través de una "cédula" que contenía siete rubros. El último era el "nacionalismo", que Rivarola distinguía entre "histórico" y "progresivo". El primero era descripto como el que "intenta formar la unidad de la conciencia nacional con la admiración del pasado, y adopta la enseñanza de la historia, como instrumento educativo de moral cívica". El segundo era propuesto como el que "aspira a formar la unidad de la conciencia nacional mediante el reconocimiento de la nueva composición étnica de la población y la fidelidad a la promesa declarada en el Preámbulo de la Constitución, 'para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino'". La encuesta, curiosa e interesante –tal vez la primera encuesta política explícita entre nosotros– evoca una percepción del nacionalismo en la cual el extranjero era problema, pero todavía no era cuestión. El fenómeno inmigratorio es una consecuencia de la aplicación amplia y generosa del universalismo que campea en el Preámbulo constitucional.

Adviértanse, pues, dos cosas: el nacionalismo es entendido en beneficio de una identidad: luego, no es contradictorio respecto del principio de legitimidad que evoca la Constitución nacional. En ambos casos el nacionalismo es tema, pero no cuestión nacional, problema de problemas o clave de discordia política y social.

Pocos meses antes, Ricardo Rojas había terminado la misión oficial que lo llevó a Europa para estudiar métodos y contenidos de la educación histórica, y daba forma a la restauración nacionalista. El tema es aquí problema que según Rojas debe desglosar el "patriotismo instintivo", sentimiento natural, del "nacionalismo doctrinario", método social. Considera envejecido el ideario de Sarmiento y Alberdi, y se propone "turbar la fiesta del mercantilismo cosmopolita". En la edición de 1922 señala que el libro fue silenciado o atacado. Y cuando fue atacado encontró unidos en tácita coalición intereses heridos. Los cita así: "La vanguardia, marxista; la protesta, ácrata, y el pueblo, católico". Hubo elogios sugestivos: Miguel de Unamuno desde *La Nación*; Ramiro de Maeztu desde *La Prensa*; Rodó desde Montevideo; Jean Jaurés desde Francia (*Le cosmopolitisme*

est un déraciné qui n'a que des intérêts flottantes). Si la coalición atacante era heterogénea, los elogios aliados no lo eran menos.

Rojas es un testimonio notable del salto cualitativo que ha comenzado en la percepción colectiva del nacionalismo. El origen diverso de las críticas y las adhesiones revela hasta qué punto Ricardo Rojas representa el momento mismo del salto. "El instante histórico más débil de un régimen es cuando está cambiando", pensaba Alexis de Tocqueville. El nacionalismo liberal estaba dejando de ser percepción militante. Rojas es ya un nacionalista liberal revisionista. Y como es sorprendido en medio del salto, debe explicar a tirios y troyanos qué fue lo que quiso expresar. Sarmiento sirve a la explicación, porque aunque lo contradice no lo repudia: reconoce en el polémico sanjuanino capacidad de comprensión de la esencia de nuestros fenómenos. Si no, no habría escrito "en su vejez encanecida y combativa una 'visión' nacionalista de los 'conflictos', donde también pidió al pasado la luz profética de la historia".

En el recorrido histórico y social del nacionalismo argentino, Rodolfo Rivarola rezuma el punto de flexión y Ricardo Rojas expresa el tránsito entre el nacionalismo de los liberales de la república aristocrática, y el nacionalismo antiliberal que se apresta para el combate contra la democracia incipiente. Dará testimonio de una suerte de "nacionalismo democrático" que procura acompañar el cambio político de una transición deliberada: la que enseguida representa el intento reformista del presidente Roque Sáenz Peña.

Pero cuando Rivarola y Rojas están proponiendo versiones no idénticas pero afines, del nacionalismo en cuanto no contestatario de la Constitución y su legitimidad profunda, emerge la ideología nacionalista de combate a esa legitimidad. Y no será sólo problema sino, como se ha insinuado, cuestión nacional.

5. Emergencia y plenitud del nacionalismo antiliberal

La emergencia del nacionalismo como cuestión nacional –entendida en estas reflexiones como cuestionamiento del régimen político asentado en el principio de legitimidad de la Constitución–, no es en sus orígenes, tema de opinión pública sino de discusión intelectual.

Pueden encontrarse sus raíces en la historia, pero lo que aquí se quiere apuntar es su arraigo en sectores de la sociedad como "tradición alternativa", y ésta se definirá compacta en la primera parte de este siglo, hacia los años 20. La tradición republicana será tan fuerte que atravesará incluso una de las versiones del nacionalismo "contestatario"; calificación provisoria y envolvente que constituye la idea-fuerza evocada por Bertrand de Jouvenel e Isaiah Berlin en el principio de este breve examen histórico. Se manifiesta en casi todo el mundo, sobre todo occidental. Pero en el caso argentino irá penetrando el campo político, el económico, el militar, el social y el cultural. Se comprueban deslizamientos ideológicos, conversiones aparentes, "fugas hacia adelante", entusiasmos desarraigados, psicologías de decadencia y de ruina, acciones y reacciones. Surgirá el fascismo italiano, pero a éste se llegará desde la derecha y desde la izquierda, desde cierto liberalismo y desde el anarquismo y el socialismo revolucionarios. Gentile, Mussolini, son protagonistas con biografías desconcertantes. En Francia el nacionalismo de Maurras y de Barrés, de la *Action Française*, emergerá a principios del siglo luego del caso "Dreyfus", pero se encontrará más tarde con el colaboracionismo de quienes vienen de la izquierda: Doriot, Drieu La Rochelle. En Inglaterra el fascista Oswald Mosley será antes diputado laborista, y ministro, mientras las críticas al sistema liberal se rastrean en Chesterton, Belloc, Bernard Shaw, fascinado por Mussolini. En España surgirá "acción española" –obvia repercusión del maurrasianismo francés–, pero habría que explorar también el krausismo y su organicismo social, el Madariaga de los años 20 y el corporativismo jerárquico, la dictadura del general Primo de Rivera y más tarde el falangismo. Antes de llegar al nazismo, pues, el recorrido ideológico se irá poblando de mentalidades totalitarias o cuando menos, por integrismos de derecha y de izquierda. El mundo católico sabe de la polémica interminable entre